

HISTORIA ORAL DEL COMPONENTE AEREO MALVINAS

ACLARACION DE www.radarmalvinas.com.ar

El siguiente es el relato del entonces Mayor Fernando ESPINIELLA, quien se desempeñó como Jefe de Sanidad del Componente Aéreo durante el Conflicto de Malvinas

EL BANCO DE SANGRE EN EL HOSPITAL MILITAR CONJUNTO
DE PUERTO ARGENTINO

Copyright © Fernando Espiniella



Publicado originalmente en *La Gaceta Malvinense* 50 de AVEGUEMA www.aveguema.org
El mismo está disponible en la Dirección de Estudios Históricos de la Fuerza Aérea Argentina

EL BANCO DE SANGRE EN EL HOSPITAL MILITAR CONJUNTO DE PUERTO ARGENTINO

La Situación en Malvinas

En casos de accidentes, guerras, cirugías y en diversas enfermedades la transfusión de sangre ha sido, desde hace un siglo, un recurso terapéutico inestimable para el tratamiento de los pacientes que reciben este elemento fundamental para su supervivencia.

La mayoría de las veces se hace la transfusión de sangre total y en otras patologías determinadas se inyectan productos por separado de la sangre como glóbulos rojos concentrados, plaquetas o plasma.

La posibilidad de acciones bélicas por la recuperación de las Islas Malvinas con el saldo de heridos resultante, hizo prever en los profesionales de la sanidad militar destinados allí, el tomar las medidas necesarias para contar con un banco de sangre para afrontar las consecuencias de la guerra.

La historia nos ha enseñado que no hay guerra sin violencia y sin víctimas. Los desastres de una guerra no se pueden imaginar, pero sí surge la necesidad de prepararse para tales acontecimientos.

El hospital de los «kelpers» de Puerto Argentino era de poca capacidad (a lo sumo 40 camas) para la cantidad de efectivos que se destinaron a nuestras islas y por lo tanto era imprescindible un lugar para albergar en caso necesario una gran cantidad de bajas de nuestras fuerzas.

Los efectivos de la Sanidad del Ejército Argentino (EA) el día 5 de abril ocuparon un edificio sin habilitar (era una escuela), que después se transformó en el lugar de asistencia médica de las tres armas.

Una vez que los profesionales reunidos en Puerto Argentino llegamos a coincidir en la necesidad de aunar personal, material y trabajo en el mencionado edificio, que por ese acuerdo se transformó en el Hospital Militar Conjunto (HMC), se inició la distribución de los distintos servicios necesarios para una atención sanitaria lo más completa y compleja posible.

Esa complejidad fue prevista en razón del probable bloqueo aero-naval total que impondrían los británicos y que haría imposible la evacuación por mar o aire de los heridos al continente y así el mencionado hospital no sólo tendría la característica de evacuación sino también de tratamiento definitivo; es decir que la asistencia médica sería para resolver todas las afecciones y heridas de una guerra, por más complejas que fueran, y estar preparados para asistir personal convaleciente por largo tiempo.

Afortunadamente desde el 6 de mayo los aviones de la Fuerza Aérea Argentina (FAA) (los C-130 Hércules) pudieron burlar el bloqueo enemigo y entre ese día y el 13 de junio realizaron 33 vuelos trasladando personal y material a las islas y regresando con heridos y enfermos (en total 264). Otros vuelos quedaron en intentos al detectar el radar de Puerto Argentino la presencia de aviones o naves enemigas.

A partir del 1 de junio arribaron los barcos hospitales de la Armada Argentina (ARA) el *Bahía Paraíso* y el *Almirante Irizar* que contribuyeron grandemente a evacuar heridos y enfermos evitando también la saturación del Hospital Militar Conjunto.

En el Hospital Militar Conjunto de Puerto Argentino

El contar con un banco de sangre fue prioritario y esa responsabilidad recayó sobre el Primer Teniente Bioquímico de la Fuerza Aérea Argentina Alberto Federico Fernández (*Freddy*) elegido por su capacidad, inquietud e inteligencia que me habían impactado y esa elección no nos defraudó en absoluto durante toda la campaña.

A partir del 24 de abril, con la incalculable colaboración del personal de Comunicaciones de la FAA y usando la radio de la oficina de LADE de Puerto Argentino, todos los días a las 12:30 horas establecíamos una comunicación con el radiotransmisor del edificio Cóndor donde aguardaba la misma un oficial médico de nuestra arma donde informábamos de las novedades de las últimas 24 horas y hacíamos los requerimientos de material y medios necesarios para nuestro hospital, además de que transmitirían tranquilidad a nuestras familias.

Mi concepto era solicitar el doble o el triple de material e insumos de lo planificado, dadas las dificultades de las otras dos armas en responder a sus propias necesidades y este accionar fue efectivo pues el material alcanzó e incluso una gran cantidad quedó en manos de los invasores británicos después del 15 de junio.

Justamente la sangre fue el elemento más crítico durante toda la guerra pero como verán alcanzó hasta el final de la misma.

Le encomendé a *Freddy* que se comunicara con el Servicio de Hemoterapia del Hospital Aeronáutico Central para obtener toda la información precisa para armar el banco de sangre. Así lo hizo y la Dirección General de Sanidad de la FAA envió todo el material de laboratorio necesario para montar

esa unidad, además de otros elementos para análisis de sangre y orina; también el laboratorio fue de su responsabilidad.

Juntamente con el Mayor Médico Enrique Cevallos decidimos no obtener sangre del personal desplegado en las islas salvo que fuera estrictamente imprescindible hecho que podría suceder tras el bloqueo aeronaval impuesto por los británicos.

Los hospitales Aeronáutico Central y Militar Central enviaban en heladeritas de telgopor los envases de sangre con hielo seco en su interior para mantener la temperatura de unos 4°C.

Nuestros amigos y camaradas destinados en el Hospital Reubicable (HR) de la FAA instalado en la IXª Brigada Aérea de Comodoro Rivadavia tenían precisas instrucciones de enviar la sangre llegada de Buenos Aires en el primer avión que partiera a Puerto Argentino; esta tarea fue totalmente efectiva. Si la partida del avión se demoraba la sangre era conservada en la heladera del HR.

Freddy notó que en los primeros envíos las unidades de sangre que estaban en contacto directo con el hielo seco presentaban coágulos por lo cual eran descartadas. Se comunicó con los servicios de hemoterapia de los hospitales mencionados y encuentran la solución: entre las bolsas de sangre y el hielo interponen una cubierta de telgopor y así se evitó la coagulación de las unidades de sangre.

En el HMC las bolsas de sangre se colocaban en la heladera de la cocina que era del tamaño de las que se observan en las carnicerías, por lo cual estaba rodeada de leche, carne y otro alimento que necesitara del frío para su conservación.

Así en esta forma se acumularon unas cuantas unidades y varias de ellas se utilizaron en casos de accidentes antes de las acciones bélicas.

Si bien la sangre enviada del continente ya estaba agrupada (A, B, AB, 0 y su correspondiente Rh) *Freddy* antes de su administración, hacía una nueva determinación que siempre coincidió con la de origen y nunca hubo casos de incompatibilidad sanguínea u otra reacción adversa.

El bloqueo aeronaval alrededor de las islas se haría efectivo el día 28 de abril. El día 26 alrededor de las 17 horas (ya de noche en las Islas Malvinas), me disponía a ir al aeropuerto con otros dos médicos, dos enfermeros y cuatro camilleros en caso de algún ataque, cuando *Freddy* me llama aparte: *Doc*, me dijo, *tenemos un problema. Nos han enviado una considerable cantidad de sangre del continente y no tenemos una heladera exclusiva para nuestro banco de sangre. Usted sabe que hasta ahora usamos la heladera de la cocina, pero tengo miedo que con tantas unidades el personal de ahí mueva los envases de cualquier forma y la sangre se arruine.*

Me sentí muy preocupado. Para nosotros la sangre era tan valiosa como el aire con la diferencia de que éste no se agota y aquélla sí. Fernández había trabajado bien, lo mismo que el resto del personal. Había sido un detalle imprevisto.

No sé donde vamos a conseguir una heladera ahora. Por el bloqueo ya no hay ni aviones ni barcos. Mañana veremos qué podemos hacer le contesto a *Freddy* con una expresión de desolación pensando en cómo hallar una solución. Hay unos detalles que siguieron durante y después en nuestro diálogo pero que pertenecen a mis secretos de guerra por los cuales los camaradas Veteranos de Guerra sabrán disculparme si no los expreso. Lo importante es que todo se resolvió un par de horas después cuando *Freddy* me avisa que *no pudo conseguir una, sino trajeron dos heladeras* de tipo familiar (de 11 pies cada una); una de ellas tenía dos perforaciones de bala que no influían en su funcionamiento; los impactos eran el resultado de los disparos del día 2 de abril en la recuperación de las islas por los efectivos argentinos y que tuvo el lamentable saldo de la muerte del Capitán de Fragata Pedro E. Giachino de la Armada Nacional.

Sin entrar en detalles, las heladeras provenían de la Casa de Gobierno de Puerto Argentino.

Le indico al bioquímico que tape los orificios con tela adhesiva para disimular y acomode la sangre y la cuide como a su bien máspreciado absteniéndose él y su grupo de hacer todo tipo de comentarios al respecto.

Respiramos tranquilos. ¡Deber cumplido!

Somos conscientes de que en oportunidades administramos sangre cuando tal vez la podríamos haber reemplazado por cualquier solución parenteral (fisiológica, dextrosa, Hartmann, expansores plasmáticos, etc.) pero dadas las circunstancias, el medio y encontrarnos sumergidos en una guerra, optamos por una mayor seguridad que era la transfusión de sangre.

En total se transfundieron 418 unidades de sangre, el 60% provenientes del Hospital Aeronáutico Central, un 38% del Hospital Militar Central y el 2% restante del barco hospital *Bahía Paraíso* de la Armada Argentina y finalmente de 4 ó 5 voluntarios en repliegue el 14 de junio.

Todas estas bolsas de sangre fueron suficientes para el tratamiento de todos nuestros heridos.

No se usó en ningún momento la sangre de los *keelpers* que tenía el hospital malvinense *Príncipe Eduardo*.

La disponibilidad de sangre en nuestro hospital nos otorgaba a médicos y cirujanos una gran tranquilidad en nuestro trabajo asistencial y quirúrgico.

Gracias a la preocupación de los hospitales de Buenos Aires y que nuestras *Chanchas* (el C-130) lograban burlar el bloqueo aéreo impuesto por los británicos, llegaban las *heladeritas* con el preciado líquido que representaba ni más ni menos que la VIDA.

Durante la guerra el *Hércules* llegaba antes o después de la medianoche amparado por la oscuridad y sin parar sus motores se procedía a descargar los envíos del continente y era allí cuando aparecían entre las sombras *los mutantes* y se llevaban algunas cajas perdiéndose rápidamente en la negrura de la noche; algunas de esos paquetes contenían unidades de sangre que, lamentablemente se perdían. En total fueron 2 *heladeritas* con 40 unidades.

Después de estos casos tomamos la precaución de que al efectuar las evacuaciones de los heridos uno de nosotros subía al avión antes de la descarga y cuidaba los envíos al HMC asegurando el destino.

El 10 de junio por la tarde concurrieron al HMC dos delegados de la Cruz Roja Internacional (ambos de Suiza) que desembarcaron del *Bahía Paraíso* interesados en la atención de nuestros heridos y enfermos para verificar el cumplimiento de las normas de la Convención de Ginebra; después de recorrer las instalaciones se mostraron muy conformes con la labor realizada y la conformación del hospital e incluso nos comentaron que el hospital británico de Ajax-Bay (carpa sanitaria) tenía algunas deficiencias, mientras que el nuestro no presentaba anomalías.

Nos señalaron además que nuestro hospital no estaba identificado como tal por el tamaño relativamente reducido de las cruces rojas pintadas y que para ser vistas por los aviones ingleses que pasaban a unos 1000 metros de altura, deberían tener una dimensión de más de 10 metros por lado; las nuestras apenas superaban el metro y por lo tanto podríamos ser atacados como cualquier objetivo (algo así como tratar de identificar hormigas desde el 10º piso de un edificio). Los dos días finales de la guerra confirmaron esa presunción pero afortunadamente no llegamos a ser blanco directo, pero sí muchas esquiras fueron frenadas por las paredes o el techo del HMC.

A la noche de ese día 10 me informa *Freddy* que casi no quedaba sangre en las heladeras. Como estaba atracado el *Bahía Paraíso* en el puerto decidí ir al barco. Me acompañaron el *Johnny* (Juan Martín médico), el *Ruso* (Roberto Stvrtecky odontólogo cirujano) y el mismo *Freddy*.

El pueblo había sido oscurecido por precaución de un ataque. A la ambulancia se le habían pintado los faros dejando solo una hendidura en su parte media para dejar un mínimo haz luminoso y ver el camino.

Nos dirigimos al puerto y de lejos divisamos el barco hospital llamativamente iluminado con todas sus luces encendidas (reglamentación de la Cruz Roja Internacional) que resaltaban en la oscuridad total y asemejaban un faro costero para orientación de los barcos en navegación.

Al llegar al muelle gritamos para llamar la atención del personal de a bordo y nos respondieron afirmativamente. El *Bahía Paraíso* no estaba atracado junto al muelle por razones de calado de modo que para subir al mismo tendríamos que utilizar como intermediario un pequeño barco argentino, el *Yehúín*, un remolcador que la empresa Geomater había cedido a la ARA.

Una vez en la embarcación menor, nos arrojaron una escala de sogas para subir. Miré hacia arriba y era como estar en la calle y subir a la terraza del edificio Kavanagh por las paredes externas. A nivel de cubierta todo profusamente iluminado, por debajo la negrura de una oscuridad total.

El primero en subir fue *Freddy* y mientras lo intentaba con algunos balanceos medio acrobáticos, desde cubierta le gritaban como tenía que escalar. Le siguieron el *Ruso* y el *Johnny* despacito pero seguros.

Fui el último y seguía las instrucciones cuando, de repente en la mitad del trayecto, mis pies quedaron colgando, sin apoyo y solo una mano me mantenía aferrado a la soga (en ese momento pensé que *alguien me había movido el piso...*). Miré hacia abajo y todo era un negro pozo y si me caía era directo al agua fría de la bahía, a una muerte segura por congelamiento y paro cardíaco.

Se me cruzó por la mente *¡qué forma más estúpida de morir en esta guerra!* Un segundo después la otra mano y un pie me volvieron a afirmar en la escala y finalmente completé el ascenso sin otros problemas.

Una cálida bienvenida nos recibió a bordo. Expliqué el motivo de la visita, la necesidad de algunas unidades de sangre y si tenían placas de radiografías porque estábamos escasos de esos elementos. Nos proveyeron de ambos elementos, no lo que pretendíamos pues ellos también tenían necesidades.

Hicimos una recorrida por todo el buque antártico transformado en hospital de campaña. Realmente hicieron un trabajo magnífico instalando salas de internación, quirófano, sala de rayos, etc.

Al terminar nos invitaron con café bien caliente y luego de una corta conversación y los consabidos deseos de buena suerte, emprendimos el regreso justo cuando comenzaba el fuego naval inglés cuyas explosiones se veían desde la cubierta del barco.

Uno de los marinos pregunta: *¿Ustedes para dónde van? Justamente para ese lado fue la respuesta. Si no encuentran nada vuelvan nos replican.*

Descendimos y los paquetes los bajaron atados por una cuerda.

Cargamos todo en la ambulancia y regresamos al hospital en medio del ruido ensordecedor de los cañones navales. Después nos esperaban los cuatro días finales de la guerra con un trabajo incesante hasta que las armas dejaron de vomitar su lenguaje de heridas, muerte y destrucción.

En los numerosos congresos, simposios, mesas redondas y audiciones radiales sobre la actuación de la sanidad militar en la Guerra de Malvinas de las que participé en estos últimos treinta y un años casi nunca faltaron dos preguntas invariables:

- *¿Le sacaron rutinariamente sangre a los efectivos argentinos?* No, la sangre venía de los hospitales del continente! Sólo el día final se obtuvo sangre de 4 ó 5 voluntarios.
- *¿Yo doné sangre para el frente en tal hospital y no estoy seguro de que la hayan enviado a las islas!* La sangre donada en los distintos establecimientos sanitarios era enviada a los hospitales militares, de allí se coordinaba su viaje en avión a Comodoro Rivadavia y finalmente a Puerto Argentino... Los que donaron sangre con tan altos ideales pueden quedarse satisfechos porque contribuyeron a salvar vidas de los compatriotas que estaban peleando en las islas defendiendo la soberanía de nuestra Patria...